

El “modelo alternativo” y los economistas

Pablo Levín

La siguiente es la transcripción de la conferencia dictada en el marco del "XV CONEE Congreso Nacional de Economía del Perú" realizado del 7 al 12 de noviembre de 2005, en la Universidad Nacional de Cajamarca, Perú

Estimados futuros colegas aquí presentes, colegas, amigos, organizadores del XV Congreso de Estudiantes de Economía de Perú: me siento honrado por vuestra invitación, y complacido por la oportunidad de unirme a ustedes en estas hermosas cumbres de América para debatir serios problemas en los que debemos ocuparnos los economistas de hoy. El tema de esta convocatoria: “Modelo económico imperante y modelos alternativos” enlaza dos cuestiones, que conducen a la que nos incumbe: el fundamento económico de una nueva estrategia de progreso social.

Aquellas dos cuestiones conducen, pues, a esta tercera, que nos hará debatir sobre el estado actual de la ciencia económica, sobre la misión de la ciencia económica en el presente, y en definitiva sobre la incumbencia de los economistas.

a) Primera cuestión: el “modelo económico” *imperante*.

La expresión “modelo económico”, unida al reclamo de cambiarlo, circulaba en los años 70. Creo que evocaba el Mayo francés, reciente a la sazón, pero a través de un filtro tecnocrático en clave keynesiana. Así, expresaba la ilusión de una política económica bien inspirada, progresista, que lograría “el máximo bienestar para la mayoría”, por medio de la planificación del desarrollo. (La consigna utilitarista es impactante y atractiva a primera vista, hasta que se procura expresarla con precisión, y muestra entonces su vacuidad. Fue tomada de los maestros escoceses de Smith por Bentham, de éste por los autodenominados neoclásicos, hasta convertirse en la mustia bandera del progresismo).

Hoy el uso de esas locuciones es más raro, pero todavía su sentido se entiende de inmediato: “el modelo económico”, adjetivado con la nota de “*imperante*”, presupone un orden internacional jerárquico, con su cima y su sima. Desde la cima un poder irresponsable establece condiciones, dicta leyes, proclama preceptos, etc., que obligan a los Estados subordinados. De allá arriba emana “el modelo”: el patrón de pensamiento que vindica el orden establecido, gobierna a los gobiernos inferiores, tutela sus políticas públicas, e impregna el discurso oficial universal.

Estas nociones son realistas y sin embargo mistificantes: dejan en la penumbra la identidad del “imperante”. No se sabe si “el modelo” es él mismo el agente de la imposición, o su instrumento (en ese caso, ¿quién impera, cuál es la fuente, la naturaleza, el alcance, las condiciones, de su poder, cuál su propósito, su finalidad?). El eufemismo dice y deja de decir que hay un Estado que impera sobre otros; que al menoscabar y (virtualmente) subordinar otros Estados, pisotea las raíces mismas de la democracia. Y la corrompe más aún cuando sigue, no obstante, invocándola, como su propio principio, y todavía más cuando derrama lágrimas de cocodrilo al comprobar la *corrupción* que se instala en el Estado nacional soberano carente de soberanía. Combatirla, bien lo sabe, es inútil: su principio debía ser la soberanía popular, pero vela por suprimirla, imponiéndole un mandante real distinto del mandante formal. La forma de la representación política queda reducida a una mera formalidad.

El mandante real dicta al mandante formal las políticas correspondientes al “el modelo”, y vela por su cumplimiento. La atrofia es atrofiante, la degradación de la vida política interna es un camino sin regreso: los estados débiles se subordinan, los estados subordinados se debilitan, la corrupción corrompe.. El poder militar despierta en el

poderoso la sed de saqueo: la sumisión de los estados inferiores sólo aplaca al estado superior si éste la tiene por indigna de ser despojada o explotada, o si considera oportuno posponer su apetito porque cuenta con su apoyo o neutralidad para saquear antes a otra víctima. El discurso dominante tiene su propia sintaxis que reemplaza la legitimidad de la arrogancia por la arrogancia de la legitimidad. Cuando menos el poder social coincide con el poder moral, más lo presupone ideológicamente.

Hoy los eufemismos y las formalidades se dejan de lado. En nuestros países, terminado el ciclo de los gobiernos militares que implantaron el “modelo” y dejaron campo arrasado para impedir el fortalecimiento de las formalidades democráticas precariamente restablecidas, el impacto social de las políticas impuestas está dolorosamente a la vista: desocupación masiva y crónica, pobreza e indigencia masivas, y crónicas; sistemas de educación, salud y justicia destruidos, privatización universal de los servicios públicos, destrucción irreversible de las capacidades técnicas y de gestión de los organismos técnicos del Estado, con la consiguiente selección “al revés” de sus cuadros directivos. Todo ello realimenta el círculo vicioso que compromete las instituciones democráticas (afectadas en nuestros países de debilidad innata).

La vida política local es condenada a la mediocridad y a la trivialidad. Los partidos políticos sufren también ellos la selección regresiva de sus cuadros, y (he aquí otro *quid pro quo* ideológico) ello ofrece amplia confirmación empírica a la opinión inculta de que los culpables del desastre son “los políticos”; el corolario fatalista es que “la política” no se trae nada bueno. Es el *camouflage* perfecto: la causa queda ocluida en sus consecuencias.

Siguen más consecuencias. Junto con la degradación de la vida política, y con el consiguiente desprestigio de la misma, se va borrando también la frontera entre sociedad civil y sociedad política, creándose así el escenario en el que los llamados al orden, a la seguridad, y a la lucha contra la corrupción, objetivos de suyo elevados y deseables, se vuelven sospechosos, y de hecho profundamente hipócritas y reaccionarios. La banalización de los mecanismos de la representación democrática, al degradar las formas subsistentes de democracia reduciéndolas a huecas formalidades, corrompe los fundamentos de la civilización moderna, instaurando en el mundo el reino universal de la estulticia y la brutalidad. La estandarización de las formas de vida humana permisibles y permitidas empobrece la cultura humana, establece un sistema único mundial de valores universales abstractos, y justifica de antemano cualquier grado de violencia unilateral.

La violencia física se implanta y convalida anticipadamente en las relaciones internacionales mediante la extorsión financiera y comercial institucionalizadas, la cruda imposición del interés particular de los más fuertes, sin racionalizaciones jurídicas. La vida del espíritu sigue la misma suerte desafortunada que el mundo político: delicados asuntos que otrora desvelaron a los filósofos, quedan zanjados de un sablazo por funcionarios poderosos.

(La moral burguesa ilustrada rechazaba hace dos y tres siglos la noción clásica, antigua y medieval, de Virtud. En lugar de las grandes virtudes heroicas de corte aristocrático, la vida civilizada se apoyaba en las pequeñas virtudes civiles y cívicas del *homo mercator*: el buen burgués podía ser merecedor del reconocimiento de sus semejantes, sin que para ello debiera convertirse en sabio, poeta, héroe, conductor, profeta, o santo. Su sistema triunfó en el mundo, y engendró, decía luego el joven Marx, a sus potenciales *enterradores*. Estos últimos comenzaron pronto a cultivar una nueva moral, la del militante solidario con sus compañeros y leal a su clase. Hoy “el modelo” imperante lo simplifica todo: merece reconocimiento, apoyo material, y hasta homenaje,

todo aquél, y sólo aquél, que se comporte de acuerdo con el modelo imperante; interpretarlo es prerrogativa exclusiva de quien tiene poder incontrarrestable.)

¿Es lo mismo decir que la sociedad está regida por una “providencia” (como leemos en Smith), o que el capitalismo está presidido por “leyes inmanentes” (como las que se propone investigar Marx), etc., que afirmar que en ella impera un “modelo”? Creo que no. Smith, por ejemplo, procuraba *conocer* por medio de la ciencia de la economía política los fundamentos naturales en los que debían apoyarse las leyes de la civilización moderna; Marx, por su parte, se proponía hacer la crítica de la economía política, y de este modo *investigar* las leyes de movimiento histórico del sistema capitalista, y por ende los fundamentos históricos que debía tomar en cuenta una estrategia de revolución socialista. En cambio, el “modelo” está ahí, es una cosa evidente por sí misma, no un objeto de investigación, tampoco de crítica (intrínseca), aunque sí debe ser denunciado (de un modo extrínseco, para reclamar su reemplazo). Cuando nos referimos al “modelo”, del que decimos que impera sobre todos los órdenes de la vida social, parece que nos lo figuráramos dotado de voluntad y poderes propios y malignos; como una entidad subsistente por sí y para sí, la cual con disimulo y otras malas artes se adueñó de “las mentes y los corazones” (que debemos rescatar, esclareciéndolos) y de los gobiernos (cuyas políticas debemos corregir). El elemento de verdad captado en tales representaciones, a saber: el carácter precario y esencialmente ficticio de derecho internacional, no estaba tan a la vista en los tempranos 70 como lo está hoy. Debía ser desentrañado y denunciado, porque lo enmascaraba la apariencia de un cierto equilibrio de poderes.

Esa ilusión, si no de armonía al menos de cierta paridad de fuerzas y disponibilidad de opciones de política, se alimentaba con la existencia (ya entonces agónica) de la URSS, y también con el espacio de poder de la OPEP, del Movimiento de Países No Alineados, con la presencia multifacética y difusa del Tercer Mundo, etc., que en aquel entonces parecían confirmar la posibilidad de políticas públicas nacionales y regionales orientadas al desarrollo económico y al progreso social. Hoy esa apariencia se ha disipado, y queda a la vista en toda su cruda unilateralidad el poder imperial que ya no se recubre de ninguna pretensión o apariencia verosímil de legalidad (como lo ilustra la doctrina y la práctica de la Guerra Preventiva adoptada por los Estados Unidos). Hoy el “modelo” tiene un lugar reservado sólo a los países que lo adopten sin chistar, y de ese modo se hagan merecedores

(“elegibles”, etc.) del crédito internacional. El mensaje es claro: la salvación no está en la independencia, sino en la dependencia; no en la soberanía, sí en el servilismo. No en la soberanía popular, sí en el acatamiento del paradigma... imperante.

“Imperante”, en este contexto, connota coacción, imposición. A la vez, el uso de expresiones eufemísticas, mistificantes, encubridoras, revela temor. Piensen ustedes cómo se han dejado de usar palabras más precisas, ligadas a nociones más determinadas y a conceptos más concretos, como es el caso del vocablo *Imperialismo*. El abandono de estos términos no se debe a que hoy pueda dudarse del hecho mismo de que se ejerce, mucho más que antes, sobre los gobiernos latinoamericanos, la imposición brutal, sistemática y permanente de políticas económicas, las cuales han invadido en ellos hasta los tuétanos la administración pública, y han arrasado con la incipiente capacidad de planificación que entonces tenían algunos de los Estados de la región.. La diferencia entre los comienzos de la década de los años 70 y el momento presente es que entonces la extorsión ejercida directamente sobre los Estados más débiles por Estados poderosos, y por organismos de “cooperación” por ellos controlados, se tramitaba de un modo sordo y encubierto, mientras que hoy las instrucciones dictadas se anuncian

públicamente, con cínica arrogancia, y las misiones de “monitoreo” son información de rutina en la crónica periodística.

El “modelo imperante” es acatado a veces bajo protesta, con aparatosos amagos de resistencia inconducente, y finalmente aceptado como una circunstancia inevitable, de orden natural. Lo comprobamos hasta en nuestro entorno más inmediato: casi desde los tiempos de la segunda posguerra, las universidades latinoamericanas comenzaron a ser objeto de una política sistemática de debilitamiento, que comenzó quitándoles el manejo de sus propios fondos destinados a la investigación, continuó sometiéndolas progresivamente a la penuria presupuestaria, y las preparó para que ellas mismas se interesaran en renunciar a sus mejores posibilidades. Vemos hoy a muchas de ellas dispuestas a cualquier cosa para obtener recursos y reconocimiento en el marco del “modelo dominante”; poniéndose esmeradamente a tono con los vientos prevalecientes, sus facultades, institutos, departamentos, marcan sus programas de investigación y enseñanza con la impronta de las nuevas modas, porque de este modo creen integrarse en el mundo.

En universidades “serias” (es decir, seriadas) el estándar curricular tiene como espina dorsal ... el modelo imperante. La doctrina acorde con el modelo imperante es la expresión necesaria, inescapable, del pensamiento verdadero, único. ¿Modelos *alternativos*? Fantasías, despropósitos, promesas irresponsables, no científicas. Se comportan así para no ser menos, sin saber que renuncian a ser más.

b) Segunda cuestión: (¿los, algunos?) modelos económicos *alternativos*.

Calificándolos así, como *alternativos*, se los distingue, en efecto, del “dominante”, pero al precio de remitirlos a él. Para colmo, de manera confusa.

Porque, por de pronto, el antónimo de “dominante” no es “alternativo”, sino “sumiso”, “dominado”. La adjetivación “alternativos” se usa con intención, para sugerir (interpretamos) que ciertos “modelos” distintos del oficial poseen atributos o valores positivos, de los que aquél carece. Se los contraponen a las pretensiones que tiene el “dominante”, de ser el único, o el mejor. Se reivindica como viables, buenos, legítimos y necesarios, a “modelos” relegados por el establishment. Su condición de proscriptos, malditos, relegados, abre a su favor una presunción favorable. Son portadores de la semilla rebelde, guardan fórmulas de política válidas para lograr los elevados bienes de la civilización (de los que ya desesperábamos), etc. En ellos encontraremos la todavía elusiva “salida de la crisis”, la clave por fin del desarrollo, del progreso... El admitir que otro enfoque es posible, equivale a poner en jaque al modelo dominante. Se rompe el hechizo que asegura el consentimiento y la resignación de los dominados. Se disipa el aura del “modelo dominante”, se pone en evidencia ante los incautos que lo aceptaron y sufrieron las consecuencias, la estafa fenomenal de la que fueron víctimas.

El discurso alternativo lanza su lema: “¡cambemos el modelo económico!”. Para interpretar esta consigna, compenetrándonos del estado de entendimiento al que ella apela, debemos figurarnos ante una lista de modelos económicos: un menú, un carcaj, una caja de herramientas. Cada modelo implica determinadas prescripciones de política, con resultados y costos cuantificables con precisión, previsibles con certeza. Nuestro cometido será entonces escoger aquél que arroje la máxima tasa beneficio/costo. El modelo económico imperante, también él, será juzgado imparcialmente, y, estrictamente con arreglo a sus méritos, confirmado o, previsiblemente, rechazado, reemplazado.

Salta, ¡ay!, a la vista cuán pueril es esa manera de pensar; y cuán peligroso se vuelve ese ejercicio cuando quien así discurre, teniendo poder, o escuchado por quien lo tiene, cree haber alcanzado con semejantes abstracciones del entendimiento algo más que un planteo preliminar del problema; cuando lo que en el mejor de los casos es un bosquejo

auxiliar para el trabajo más serio del concepto, pasa por ser la verdad misma, merecedora no ya de enriquecer el debate público, sino de reemplazarlo. El tecnócrata ajusta su modelo, lo corre con “datos de la realidad”, y pasa sin más a enunciar sus “recomendaciones de política”. ¡Maravillas de la ciencia moderna!

En antiguas sociedades hidráulicas, el progreso técnico parecía suspendido, y el proceso de reproducción social se acompañaba al ciclo de las estaciones, al vaivén del calendario de labores agrícolas. Hechiceros y sacerdotes escrutaban los hechos de la naturaleza - tales como la forma de las nubes, las vísceras de las aves migratorias, la configuración de los astros-, y leían en ellos revelaciones de los dioses. Su trato con las deidades les permitía conocer el momento propicio para realizar el acondicionamiento estacional de las obras de regadío, la tareas de labranza, la siembra, o la guerra. La vida social era monótonamente repetitiva. La observación sostenida y minuciosamente registrada año tras año; la comprobación reiterada de correlaciones bien establecidas entre fenómenos que se sucedían en lapsos regulares, brindaba a los sacerdotes conocimientos firmes para anticipar con certeza acontecimientos futuros: su confirmación conjugaba los ámbitos de lo sobrenatural y lo natural, refirmando el poder supremo, terrorífico, del amo, que únicamente la sumisión absoluta podía apaciguar. Hoy, en este mundo arrebatado por transformaciones frenéticas, vertiginosas e incesantes, ¿quién puede ofrecer seriamente guías válidas para orientar las políticas públicas? ¿Cabe atribuir un “uso” semejante a ciertos “modelos económicos”, y, en ese caso, dado que estamos profundamente insatisfechos con el estado de cosas presente, es verdaderamente relevante el reclamo de cambiar los modelos en uso, por otros?

Los “técnicos” que invocan el poder explicativo y predictivo del “modelo dominante” y sus variaciones, como fundamento y justificación de sus prescripciones de política, ¿hasta qué punto basan también ellos sus augurios y sus vaticinios, sus profecías, en la premisa de la inmutabilidad de la estructura del ser? ¿Están al tanto de la historicidad de las categorías económicas, han reflexionado sobre la evolución reciente de las estructuras capitalistas y sus consiguientes exigencias sobre la teoría recibida, han profundizado críticamente en consecuencia sobre los conceptos económicos elementales, aprendieron a distinguir entre los procesos de ajuste del proceso de reproducción y las transformaciones estructurales en marcha, trabajan con preguntas abiertas sobre la naturaleza, la historia, las tendencias, y el destino del sistema vigente?

Creo que no. El modelo *académico* dominante (en el que se formaron) tiende a desalentar este tipo de cuestiones, a desestimar su interés y hasta su carácter científico, a desalentar su abordaje. Acaso ignoran, porque no han estudiado nunca a los grandes autores de la historia de la ciencia económica, que, en términos generales, la economía capitalista se comporta con arreglo a dos tipos de leyes, las de ajuste, y las de transformación. Cada etapa histórica posee leyes de con características distintivas. Si no lo ignoran, es casi seguro que no saben distinguir entre unas y otras. Pero esta distinción es imprescindible para delimitar el campo de problemas en el que el análisis económico por medio de modelos matemáticos es necesario y relevante. Pareciera que las leyes del primer tipo se prestan más fácilmente al entendimiento y a la modelización, mientras que las del segundo exigen un compromiso mayor del – y con – el concepto.

¿Hace falta mencionar que estos conceptos básicos abren una discusión impostergable sobre la enseñanza y la investigación en ciencia económica? En épocas de relativa “normalidad” un economista profesional respetablemente adocenado pudo hacer una carrera honorable y decorosa con habilidades estándar; en tiempos de cambio intenso se torna más dramáticamente necesaria la educación conceptual rigurosa, la adquisición de una cultura histórica y filosófica básica, la capacidad teórica independiente. La necesidad de una buena formación en matemáticas está fuera de discusión. Eso sí, no

nos quieran vender gato por liebre. Al graduando inculto se le ha negado la posibilidad de comprobar que la formalización y manipulación de nociones del entendimiento (análisis económico sin teoría económica básica) es de suyo estéril. La ideología involucra una estafa intelectual; tiene éxito cuando ante los ojos fascinados de los incautos la prestidigitación se ha vendido como práctica científica.

Otra estafa es proclamar su inutilidad y exigir su destierro. Unida a una buena cultura económica, la familiaridad del estudiante de economía con los modelos económicos le facilita la comprensión del lenguaje mainstream, pone ante sus ojos los méritos y los deméritos de las doctrinas contemporáneas, sin que ello implique degradar sus estudios y su práctica profesional en rituales irredimiblemente ideológicos. Los “modelos” le resultarán útiles y edificantes en tanto ejercicios auxiliares de la reflexión, o construcciones del entendimiento orientadas por los datos de la observación, o compendios abstractos de la experiencia mediada por la razón.

Son, en suma, representaciones esquemáticas de procesos complejos. Representan hipótesis, las cuales *en un marco teórico definido, pero sólo en él, pueden tener – siacaso– sentido, y verdad*. Arrancadlos del interior vivo del concepto mismo, y no podrá decirse de ellas que son buenas o malas, torpes o elegantes, verdaderas o falsas. No hay razón sin entendimiento, ni concepto sin razón: entrenarse y adquirir destreza en la formulación e interpretación de modelos económicos es parte de la formación de un economista, si ese aprendizaje va unido a una esmerada *cultura* matemática, histórica, filosófica. Y cuando os encontréis en medio de una batalla entre partidarios y detractores de los-modelos-como-tales, por favor, guardaos de militar en uno u otro bando.

El asombroso comprobar que en universidades afamadas hay facultades o departamentos de ciencias económicas donde no se enseña la historia del pensamiento económico. En esas universidades el todo de la economía política se redujo a una parte de ella, que en inglés lleva el nombre de Economics (en español, deberíamos denominarla *económicas*, o también, como preferimos llamarla, “cataláctica tardía”). Esas mismas universidades vuelven a reducir esa porción particular de la ciencia económica a una doctrina parcial dentro de ella, y luego una vez más a una corriente dentro de ella (por ejemplo, la llamada “síntesis neoclásica keynesiana”). Estos achicamientos son recíprocamente complementarios: mientras el cercenamiento del objeto de la economía política lo torna ininteligible, el empobrecimiento del concepto borra las huellas del crimen, y naturaliza el objeto amputado. Este doble despojo se consume sin que las instituciones posean la voluntad o la capacidad de advertirles a sus estudiantes que se les ha vendido la parte por el todo (como en el tipo de falacia, *pars pro toto*). Con este escamoteo se los prepara, dejándolos inermes, para hacerlos víctimas de una reducción más severa, directamente en sus cabezas.

En efecto. Sostener la enseñanza de la economía política como hacen esas universidades principal o casi exclusivamente en el “manejo” de modelos, equivale a formar soldados sin enseñarles del arte de la guerra más que el diseño y la confección de uniformes militares. Tales pedagogías dejan pálidas las técnicas secretas, hoy perdidas, de los legendarios chamanes jíbaros. No deja de ser significativo que las *tsantsa*, las cabezas reducidas que hoy se conservan en algunos museos, tienen los labios cosidos.

La trampa ideológica, ya lo dijimos, no se cierra en el discurso oficial. La *ideología* no se vale de un único discurso sino que requiere, básicamente, dos: el oficial, y otro. Por eso, expresiones como “ideología dominante”, “ideología de dominación”, etc., o bien son pleonasmos huecos, o bien son ellas mismas otros tantos artificios encubridores, ideológicos. En virtud de su naturaleza la ideología es a la vez dominante y única, y por su manera de ser es necesariamente disociada; actriz de dos carátulas, una apologética, y

la otra, contestataria. El efecto es semejante al de las hojas de la tijera. El “modelo” que mejor ilustra la naturaleza bifronte de la ideología es el de los dos los dos interrogadores, el malo y el bueno: el preso pone su confianza en uno de sus carceleros, y le entrega el dato que ambos procuraban. El elemento efectivo sobre la mente apresada en la trampa ideológica no es el modelo “dominante”: para morder la presa falta el otro maxilar.

“Ideología de la clase dominante” es una expresión pleonástica. Religión secularizada, adaptada a la mentalidad moderna, la ideología impregna todas sus manifestaciones, cultas y populares. Es un encantamiento poderoso que obnubila el intelecto y confunde los sentimientos de las multitudes. La experiencia de un mundo en mutación incesante se interpreta y reinterpreta vertiginosamente sin reflexión de acuerdo con el punto de vista general de la clase dominante, recogiénose en representaciones que a veces coinciden con las propias de esa clase, otras veces la contrarían, y otras más la irritan y la alarman. El discurso político hegemónico aparece desdoblado en (al menos) dos discursos, el discurso de los opresores y el discurso de los oprimidos. Ricos y pobres, privilegiados y desfavorecidos, explotadores y explotados, dominadores, dominantes, dominados, triunfadores y perdedores. Parece entonces que hubiera dos ideologías en pugna, pero esta apariencia es, precisamente, el *quid* de la ideología.

La dominación de clase en una sociedad compleja requiere necesariamente siempre algún grado de consentimiento de los dominados. El discurso oficial y el discurso alternativo son, ambos, unidos y separados como las hojas de una tijera, exponentes de la ideología de la época. El objeto en el que se deposita la ideología presenta el aspecto ilusorio de ser su contrario. Este *quid pro quo*, esta alucinación, afecta tanto al discurso, científico o político, cuanto a las instituciones mismas en las que se dirime y se adereza el consentimiento, político, moral, intelectual. Ambas partes hacen concesiones. Los poderosos y dominantes, ceden lo que para ellos es inesencial, aunque les duela; los dominados ceden lo esencial, aunque lo ignoren.

La ideología moderna logró sus triunfos máximos vistiendo el sayo de la ciencia, su enemiga mortal. Disfrazada de este modo sedujo y encantó a sus enemigos declarados, convirtiéndolos en predicadores del prejuicio. Los más devotos, aptos, irresistibles. Con el auxilio de semejantes aliados confundió completamente a los incautos. La economía política, convenientemente aderezada para desempeñar su función apologética de los intereses imperantes, contribuye acaso más que ninguna otra ciencia particular a convalidar el discurso ideológico, revistiéndolo con el ropaje de la razón científica.

Pero el ropaje le sienta un tanto ridículo. La ciencia es crítica por naturaleza. La incongruencia se torna patente cuando la ciencia económica oficial se muestra inocultablemente banal e impresentable. Su función ideológica se vuelve grosera, inocultable.

La ideología incuba en sus víctimas un sordo sentimiento de rebeldía que, agotándolas y frustrándolas en estrategias alternativas estériles, las termina atrayendo irresistiblemente a los abismos del agujero negro. La trampa ideológica opera por medio de discursos alternativos que obnubilan la conciencia, desgastan la rebeldía. La estratagema ideológica más burda es la que pone todas las opciones dentro del lado oficial de la ideología: en nuestro caso, dándonos a escoger entre doctrinas comprendidas en la marchita ciencia social burguesa (¿acaso, por ejemplo, la idea de “elegir el modelo” no nos pone a cavilar entre un enfoque más pre-keynesiano y uno más afín a la síntesis neoclásica-keynesiana?).

Reconozco que hasta aquí no he podido decir nada verdaderamente alentador sobre los modelos económicos alternativos. Al contrario, no hice sino lanzar sombrías advertencias sobre los proyectos “alternativos” que reclaman aprobación a primera

vista. ¿Estoy desembocando en un atolladero estéril? ¿Estoy invitándolos a adoptar un escepticismo paralizante, un talante derrotista; a renunciar al pensamiento independiente, es decir, al pensamiento? ¿He negado la necesidad, la posibilidad, la legitimidad de un programa científico y político libre? La primera responsabilidad de los economistas, especialmente de los estudiantes de economía política es no prestar su colaboración, ni su consentimiento, a la reducción de sus propias cabezas: resistirse a que se las conviertan en trofeos o en reliquias *tsantsa*.

c) Tercera cuestión: el estado actual de la ciencia económica; la misión de la crítica de la economía política; la incumbencia de los economistas.

En los albores históricos del capitalismo el pensamiento científico naciente puso en cuestión las verdades de la Fe, procedentes de la Revelación, reivindicando en cambio como fuentes de conocimiento verdadero universales, recíprocamente mediadas, la observación y la razón humana. Esa mediación: la unidad inextricable de razón y experiencia, se llamaría más tarde concepto, y se convertiría en el fermento vivo de la ciencia moderna. Se estaba formando la primera sociedad histórica que mediante la creación continua, deliberada y sistemática, de nuevos conocimientos renovarían repetidamente sus procesos de reproducción.

La ciencia naciente refutó los dogmas sagrados y consagrados, pero no se limitó (como a veces se cree) a rechazar extrínseca y groseramente la teología cristiana sino que se adueñó meticulosamente de su verdad. Esto llevó algunos siglos. La religión y la ciencia chocaron entre sí, sin duda, como principios excluyentes, pero los partidarios de una y otra se disputaban la presa codiciada por ambos: el legado de los grandes discípulos de Sócrates. Las fuerzas intelectuales contendientes se caracterizaban por sus maneras opuestas, recíprocamente inconciliables, de apropiarse de esa herencia: una lo hacía ateniéndose al Dogma, y la otra absteniéndose de todo dogma.

El entendimiento del *homo mercator* había comenzado a germinar algunos siglos más temprano, y tuvo un asombroso florecimiento en las colonias jónicas y en el mundo griego clásico. Esos primeros destellos fueron, empero, intermitentes, discontinuos, y al comenzar la era cristiana parecían haberse apagado para siempre. Sin embargo ya durante la baja edad media la mentalidad burguesa se cocinaba una vez más a fuego lento ahora en las ciudades comerciales del sudeste de Europa, aprestándose para saltar del mercado a la vida intelectual. Era la época de las Cruzadas, y el pensamiento moderno incipiente convivía con expresiones de exaltamiento religioso que parecían ahogarlo; pero esta vez estaba destinado a perdurar.

Hacia el siglo XVI, las proezas oceánicas de los navegantes ibéricos abrían las puertas del mundo a los comerciantes de Europa. Las circunnavegaciones de África y América (Vasco da Gama, Magallanes-Elcano) les permitirían muy pronto abrazar el planeta, mofándose de los monopolios terrestres que las Cruzadas no pudieron horadar. Las primeras grandes batallas espirituales de la burguesía, el Renacimiento y la Reforma, la oponían a la teología cristiana medieval, el “modelo dominante” de entonces. Cuando (precedido por la formación del sistema comercial capitalista y su conquista del mundo) llegó por fin el Siglo de las Luces, sus máximos exponentes filosóficos comprendieron, celebraron y propiciaron la misión emancipadora de la ciencia. Su hermoso y elevado lema (enunciado por Kant) era: *Sapere aude*.

¡Atreverse a saber! Pero cuando todavía la filosofía social de la burguesía rendía sus mejores frutos, ya el espíritu revolucionario de esa clase social había alcanzado su apogeo y pronto su “coraje de saber” se perdería, junto con su voluntad de luchar contra el Ancien Régime absolutista que subsistía en Europa del este y Rusia, mientras se desvanecía también su nunca más que tímida simpatía por las revoluciones burguesas en

las colonias (simpatía que se podía llevar a una potencia a propiciar solapadamente la independencia de algunas colonias de una potencia rival).

A la sazón, la revolución industrial formaba rápidamente la clase obrera asalariada internacional, la cual se daría a sí misma su estrategia y exponente intelectual máximo, el fundador del socialismo científico. Con su *crítica de la economía política* Carlos Marx se proponía poner al descubierto el hilo de Ariadna que guiaría a la clase trabajadora para salir del laberinto ideológico en el que los explotados protestan contra la explotación pero la consienten.

Ya en la filosofía clásica alemana “crítica” tenía el sentido de una rigurosa lealtad del concepto consigo mismo. Ese significado cobra ahora un carácter aún más serio y concreto en la perspectiva del relevo histórico. La crítica *marxiana* de la economía política no consistiría, por ende, en un rechazo extrínseco de las obras de sus predecesores burgueses, sino contrariamente en la adhesión rigurosa a los proyectos científicos de los grandes autores criticados. En la profundización laboriosa de sus obras, en la prosecución de sus proyectos, en la superación de sus resultados. Lo mismo que tres siglos atrás la cosmografía reformada y las navegaciones oceánicas expandieron los horizontes geográficos del comercio burgués, el “desarrollo necesario” de la ciencia burguesa debía abrir nuevos horizontes intelectuales a la clase obrera, ayudándola a liberarse de la ideología, y, a la vez, a convertir esa ciencia en su guía para la transformación de la sociedad.

Se comprende entonces que “realizar la crítica” no era solamente hacer que los grandes autores comparecieran ante sus propias exigencias y sus propios proyectos, y menos aún reprocharles petulantemente sus inconsecuencias. Pero tampoco únicamente retomar y proseguir sus investigaciones, etc., puesto que en ese sentido toda obra científica original es crítica (y toda crítica es inmanente y transformativa, superadora). En la idea del socialismo científico la profundización crítica de una ciencia particular, la economía política, proporcionaría el fundamento científico necesario para una estrategia revolucionaria de transformación social. Queda claro el porqué de la insistencia de Marx en que la economía política debía ser *criticada*, y cuál era su proyecto cuando (después del fracaso de las revoluciones de mediados de siglo) decidió consagrar de allí en más su propia carrera intelectual a la realización de esa crítica.

Porque anuncia un punto final y un nuevo recomienzo histórico: el relevo de una clase social, la burguesía, por otra, el proletariado, que sin embargo no la reemplazará en forma permanente sino que al eliminar a la clase capitalista como clase, se eliminará también a sí misma, y a toda diferencia de clases, y abrirá una nueva era de civilización universal. La burguesía había agotado ya sus energías históricas, en los límites de su propia ideología, y no era ya capaz de dirigir el progreso ulterior; al proletariado su propia situación le imponía la necesidad, y le presentaba a la par la posibilidad, de crear una nueva civilización libre de las estrechas limitaciones del sistema actual, que ya se había vuelto anacrónico. Necesidad y posibilidad, ambas a la vez materiales y espirituales, económicas e intelectuales, nacían juntas como consecuencia del desarrollo capitalista. El capitalismo, hasta entonces el mayor factor conocido y concebible de progreso universal, se había convertido en obstáculo definitivo para el progreso ulterior. La clase trabajadora tendría que vencer innumerables y gigantescos obstáculos para emanciparse y emancipar a la humanidad, y crear una civilización real; pero de todos los obstáculos el más formidable sería su propia indefensión espiritual y postración intelectual debido a la ideología. ¿Cuál podría ser el antídoto contra la dependencia ideológica? El mismo –pero atención: ¡*mutatis mutandi!*– que la burguesía supo en su momento descubrir, defender, y cultivar; una vez más, tres siglos después (¡y qué siglos

de descubrimiento y transformación!) la clave estaría en esa maravillosa potencia, en el hálito del concepto, libre y liberador.

Al comenzar el siglo XX pareció que, en efecto, la historia se aprestaba a tomar un nuevo rumbo. Las promesas de igualdad social, libertad política, progreso económico, justicia y civilización universales, serían retomadas por la clase trabajadora, con el proletariado socialdemócrata europeo, y, destacadamente, alemán, a la cabeza. A comienzos del siglo se anunciaba la gloria inminente, el advenimiento del reino de los cielos, el progreso.

En la Rusia lejana, gigantesca, atrasadísima, paupérrima, donde una burguesía corrompida se postraba, servil, en las cortes fastuosas del anacrónico absolutismo zarista, los trabajadores fabriles de San Petersburgo, a la cabeza de una masa inmensa de campesinos y soldados, iniciaban la Revolución que pronto tendría su epicentro en Alemania, Francia, Inglaterra, y transformaría el mundo. Pero...

¡No fue así! La socialdemocracia alemana, al frente de la clase obrera más avanzada, más culta, más combativa, la suprema esperanza del mundo, sucumbió a la ideología nacionalista, se dejó arrastrar a la carnicería capitalista; en la inmensa y atrasada Rusia, la Revolución Soviética fue fugaz, quedó aislada, y agotada por su heroica defensa territorial comenzó a sufrir desde el principio la retrogradación generatriz de un capitalismo de Estado. Se instalaron en el mundo las pesadillas más horripilantes: el fascismo, el nazismo, la guerra, y la más ominosa: el estalinismo...

Los socialdemócratas de comienzos de siglo (destacadamente, alemanes y rusos) buscaban el fundamento científico para sus estrategias socialistas en la obra de Carlos Marx. Llegaron a ver en esa obra la síntesis lograda y acabada de la ciencia política francesa, la filosofía alemana, la economía política escocesa e inglesa, y reclamaron esa herencia para la clase obrera revolucionaria. Pero, si Stalin fue la criatura del stalinismo, entonces, ¿porqué hubo un Stalin? ¿A qué se debió semejante regresión de la Revolución Soviética, semejante fracaso? No fue porque le faltaran dirigentes del más alto nivel intelectual y moral. Por cierto, nunca antes, ni después, una revolución política y social tuvo una preparación teórica tan esmerada y seria, ninguna tuvo una pléyade de dirigentes tan brillante. ¡A algunos de ellos los marginó, a otros los asesinó! ¿Porqué, entonces?

La ideología del siglo XX tuvo pronto su estructura dúplice, sus dos discursos aparentemente antagónicos, y sin embargo recíprocamente complementarios, concurrentes, basados en dos premisas ficticias: el Oriente socialista, el Occidente democrático. La demolición del muro de Berlín (¡hace apenas 15 años!) quebró esa imagen del mundo que ya era falsa casi 70 años antes del derrumbe de la fatídica Unión Soviética: las instituciones políticas del socialismo tuvieron una existencia evanescente en los primeros años, que no sobrevivió a la derrota de la revolución alemana. Después de la muerte de Lenin y el asesinato de Trotsky, la suerte estaba echada: Stalin no fue tanto el creador del estalinismo, como su encarnación, su criatura. La Revolución Soviética se había trocado en su contrario, macabramente opuesto.

El campo de la ciencia social del siglo se dividió entre los detractores de Marx y sus partidarios: ni unos ni otros consideraron la obra de ese autor como un proyecto inconcluso, que debía ser continuado. La doctrina marxista soslayó los resultados incipientes de la crítica de Marx a Ricardo, y adoptó una versión esencialmentericardiana de la economía política de Marx. Es así que en el terreno de las doctrinas económicas los dos campos interiores de la ideología del siglo XX, opuestos pero complementarios, estuvieron delimitados con asombrosa nitidez: de un lado la cataláctica (neoclásica y neoclásica keynesiana, a la que ya aludimos), y del otro lado la doctrina marxista (en realidad, la regresión ricardiana de la abandonada y casi

olvidada crítica de la economía política iniciada por Carlos Marx). ¿Qué sucedió con el socialismo científico? ¿Qué quedó de su fundamento, la crítica de la economía política? Responder esa pregunta incumbe a todo economista que pretenda hoy ser contemporáneo de sí mismo.

Sea cual fuere la respuesta, ella debe dar cuenta del fracaso de las revoluciones sociales intentadas a comienzos del siglo XX por las clases obreras de Europa y Rusia, inspiradas en el marxismo. Sería un error atribuir ese fracaso a los jinetes apocalípticos del siglo (el nazismo, el imperialismo, el estalinismo), puesto que no fueron ellos la causa de la monstruosa distorsión, ni del (en nuestra interpretación) *consiguiente* fracaso de las revoluciones de comienzo de siglo, sino su consecuencia.

La ciencia económica del siglo XX fue invadida y conquistada por la ideología, que (de manera nada salomónica) partió el cuerpo de la criatura en dos doctrinas opuestas. La obra de Marx había puesto bien en claro que la economía capitalista (lo mismo que cualquier otra configuración histórica de la producción social) sólo puede comprenderse como la unidad de dos momentos, el social y el material. En efecto, la producción es a la vez una relación de carácter social general y un proceso de transformación técnico-material, mediado por el trabajo humano. Si el concepto de la totalidad concreta del sistema comprende la unidad de ambos procesos, se sigue que cualquier doctrina que se limite a tomar uno u otro como objeto excluyente se condena a sí misma al fracaso científico, y será presa fácil de la ideología: la artimaña ideológica que idiotizó a los economistas del siglo XX no podía ser más asombrosamente simple.

La ciencia burguesa había desertado de la misión desempeñada hasta entonces, y se infería a sí misma una serie de mutilaciones, que primero cercenarían sus lazos entrañables con la filosofía (lazos todavía vivos en Smith y Hume, que reviven vigorosamente en Marx); y después se trozarían una vez y otra en un mosaico de innumerables parcelas de especialización; cada muñón quedaría encajado a una línea de innovación técnica, hasta que hoy (dos siglos más tarde) la ciencia misma tiende a confundirse con la tecnología.

El triunfo de la ideología no consiste en la subsunción de la ciencia por la tecnología, sino en la confusión entre una y otra. El “éxito” unilateral de la tecnología en el doble marco de la competencia capitalista y de las masacres militares contra poblaciones civiles brinda una dimensión apocalíptica a la degradación del espíritu y la denigración del concepto. Pero en las últimas décadas del siglo XIX este proceso cuyo desenlace hoy nos espanta estaba todavía en sus ingenuos comienzos, y mostraba su lado espléndido y prodigioso: era la fuente inagotable de progreso técnico; no podía preverse entonces que esa potencia emancipadora se convertiría en el instrumento de dominación universal, que desembocaría en la irracionalidad total de esta sociedad que hoy ha vuelto superflua su propia población.

Retomar hoy la obra de Marx significa mantener vigente el lema de la humanidad: *sapere aude*. Marx mismo lo inscribe (con otras palabras) en los sendos prólogos de sus dos obras económicas principales, citando, en ambos casos, al Dante: en el umbral de la ciencia, toda cobardía debe morir.

-